



Ciencia Ergo Sum

ISSN: 1405-0269

ciencia.ergosum@yahoo.com.mx

Universidad Autónoma del Estado de México

México

López, Ana María

La ciencia desde el mundo real del periodismo

Ciencia Ergo Sum, vol. 12, núm. 2, julio-octubre, 2005, pp. 209-211

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10412214>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en [redalyc.org](http://redalyc.org)

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



Recepción: 7 de marzo de 2005

Aceptación: 8 de abril de 2005

\* Periodista y locutora. Editora de la revista *Polaris*.

Correo electrónico:

anapolaris@avantel.net

# La ciencia desde el mundo real del periodismo

Ana María López\*

Lo maravilloso de aprender algo  
es que nadie puede arrebárnoslo.

B. B. King

**C**arl Sagan afirmaba que hay millones de personas apasionadas por la ciencia, pero que ésta es una pasión no correspondida. Tenía razón: en la era de las comunicaciones y de la sociedad de la información no hay en los medios informativos una réplica a tal interés.

Lejos de ello, la prensa mexicana, escrita y electrónica, tiende a desdénar a su público. Excluye contenidos con dos criterios: el de la información que "no vende" y el de la "incapacidad" de los lectores y espectadores para comprender aquello que no sea el escándalo político de la semana, el marcador del partido del domingo o el hecho sangriento entre amigos de parranda.

Sí, la vida de las sociedades del siglo XXI está definitivamente ligada a la ciencia y sus aplicaciones tecnológicas. Y conforme avanza el tiempo, sus implicaciones son cada vez mayores, sus ramas se van diversificando y sus métodos y formas de trabajo se extienden a más esferas de la actividad social.

Sin embargo, los medios de comunicación, que son los encargados de contar la historia cotidiana de una sociedad, no reflejan en sus espacios –o en todo caso lo hacen insuficientemente– el papel preponderante adquirido por la ciencia y la tecnología ni sus repercusiones en la vida de individuos y naciones. La mayoría ha optado por mantener el doble prejuicio de que la ciencia es aburrida y la gente no le entiende.

Es cierto que en los últimos años periódicos importantes como *La Jornada*, *El Universal* y *Reforma* han abierto secciones especializadas, pero en general la información sobre temas científicos sigue siendo escasa o tratada de manera superficial, aun en estos medios.

*La Jornada*, por ejemplo, cerró su "Lunes en la ciencia", un suplemento bien acreditado frente a lectores y colaboradores –muchos de éstos con la virtud de ser a la vez expertos en una materia y comunicadores eficaces–, que proponía al público elementos para analizar un tema, lo cual no sucede ahora con su nueva sección fija, pues una mayor presencia de la información científica en un diario, si bien puede apreciarse como una ganancia, no garantiza necesariamente ahondar en el planteamiento de los hechos acerca de los cuales se informa.

Con algunas excepciones, el que ciencia y tecnología aparezcan en la prensa, aunque sea de manera intermitente, obedece ya sea al interés personal de un reportero que toma por asalto los espacios o bien a la condescendencia de un editor, pero raramente a una estrategia clara de los medios de incluir estos temas en sus agendas informativas para servir a los lectores y cumplir con la parte que les toca en el cometido de contribuir a que el derecho de los ciudadanos a la información y a la cultura se concrete.

Porque hacer periodismo científico es más, mucho más, que consignar una noticia, dejarla pasar y buscar una nueva para el día siguiente. Es, para el reportero que lo asume, plantearse retos que le den a su oficio un sentido distinto: servir de puente entre quienes producen el conocimiento y el ciudadano común que requiere bases para una mejor comprensión del mundo; despertar la curiosidad del lector y provocar en él la necesidad de saber más; acercarle elementos que lo motiven a reflexionar sobre asuntos que pueden definir el destino de la humanidad y del planeta y sobre los cuales está llamado a opinar y decidir. ¿Pero cómo habrá de hacerlo, si no cuenta siquiera con nociones básicas

y mucho menos con una perspectiva amplia de las implicaciones de los avances científicos?

Y así como en la ciencia una respuesta abre la puerta a nuevas preguntas, en el periodismo científico un reto no hace más que obligar al reportero a enfrentar otro mayor. ¿Cómo llegar al punto de ganar cada día un lector nuevo para la ciencia y, por extensión, para la cultura?

No bastan las buenas intenciones. El reportero en general, y especialmente el dedicado a comunicar la ciencia, debe ser riguroso. Es una obviedad, pero puede abrirse casi cualquier periódico en la página que sea para encontrarse con que esta condición fundamental del trabajo periodístico –tan básica como la correcta sintaxis– no es una constante en nuestra prensa, en ningún tema.

Y ese rigor no debe primar únicamente en el ámbito de los datos exactos y veraces o de la interpretación puntual de las declaraciones y explicaciones obtenidas en una entrevista o una conferencia (un terreno por demás resbaloso), sino también en el de los propios objetivos del periodista científico.

Carl Sagan propone un desafío: comunicar el método crítico de la ciencia, pues si solamente nos limitamos a mostrar sus descubrimientos y productos, la ciencia aparecerá como un conjunto de afirmaciones sin fundamento, como la pseudociencia, y el ciudadano no podrá distinguir entre una y otra.

Las historias contadas por un periodista científico deben entonces trascender las respuestas al qué, quién, dónde y cuándo, para exponer el cómo, por qué y para qué, o de lo contrario el lector quedará insatisfecho y se perderá la oportunidad de acompañarlo en su búsqueda de más conocimiento.

Para ello es preciso que el periodista se capacite y perfeccione en una especialidad exigente, lo cual, debido a la inercia de los medios es difícil: casi siempre la actividad cotidiana del reportero responde a coyunturas ya sea políticas o de la empresa en la que trabaja; amanece cada tanto en una fuente distinta, por lo que conocer una rama de la información a profundidad le es imposible, y la rutina impuesta sobre todo en los diarios lo inserta en la dinámica de escribir la nota breve, declarativa y superficial, sin explorar otros géneros más útiles para la divulgación del conocimiento: el reportaje, la crónica, la entrevista y el artículo, los cuales, por añadidura, lo impulsarían a desarrollar un estilo que podría llevarlo, si se empeña, hasta las orillas donde periodismo y literatura se tocan.

Porque, hay que decirlo, las limitaciones de muchos periodistas no se manifiestan solamente en su escaso conocimiento para abordar un tema, sino también en su carencia de recursos técnicos, en términos periodísticos, para escribir. Aunque tampoco se debe necesariamente a que no tengan interés en ser mejores profesio-

nales, sino a que las escuelas de periodismo ni los periódicos les ofrecen opciones para serlo.

Ahí, donde el paso de la vida es marcado por el ritmo de las rotativas y donde el olor de la tinta funciona como un afrodisíaco intelectual, a veces la realidad muerde, y muchos jóvenes reporteros audaces y creativos, pero faltos de editores que los guíen y los animen y de espacios donde ensayar sus propuestas innovadoras, acaban por decepcionarse y desertan para buscar un lugar en otros ámbitos de la comunicación.

Es común que cuando un reportero decide hacer periodismo científico lo haga muy a pesar de sus editores, de modo que su tarea cotidiana se convierte en una constante batalla, frecuentemente perdida de antemano, contra quienes deciden qué va y qué no va en una página.

Cada texto le significa el despliegue de todo el arte de la argumentación del que es capaz (lo cual no es un mal ejercicio), pero no para cautivar a los lectores (que es en lo que debería aplicarse), sino para convencer a su editor de que la nota que llevó a la redacción cumple con los requisitos mínimos para ser publicada (es novedosa, oportuna y veraz), además de que es interesante, reveladora y seguramente exclusiva.

Y si por fin logró que su información fuera incluida en la orden de edición, todavía falta lo peor: persuadir a su jefe de que el periodismo científico tiene, entre otros deberes, el de colocarse exactamente en el lado opuesto del sensacionalismo, pues su función es la de desmenuzar, explicar y tal vez desmitificar un hecho o un fenómeno abordado por la ciencia para que el lector lo comprenda. No es lo mismo, por ejemplo, cabecear un reportaje diciendo: “¡El rotavirus, asesino de niños!”, que “Rotavirus, ¿asesino de niños?”. Pero el editor tradicional preferirá lo primero, aunque los datos y las voces que se expresan en el texto digan lo contrario.

Pero eso no es todo: para las fuentes que proporcionan información, no hay personaje menos confiable que un reportero. Muchos científicos y académicos detestan dar entrevistas, alegan que sus declaraciones son tergiversadas, alteradas y sacadas de contexto. Y lo peor es que muchas veces tienen razón.

Puede ser que el periodista tenga oficio, es decir, que cuente con las herramientas necesarias para distinguir entre lo que es nota y lo que no, que logre que su entrevistado responda a las preguntas básicas, incluso que escriba coherente y correctamente, pero si carece de conocimientos sobre el tema probablemente se equivocará o discriminará la información sustancial, por no comprenderla.

Evitarlo no es tarea de nadie más que del reportero, quien es, por cierto, como casi todos los ciudadanos de este país, producto de un sistema educativo que usa las matemáticas, la biología y la historia para castigar a los niños.

**Las historias contadas por un periodista científico deben trascender las respuestas al qué, quién, dónde y cuándo, para exponer el cómo, por qué y para qué.**

Para componer esta relación entre científicos y periodistas, tal vez funcione aplicar la fórmula sencilla de acercarse a la fuente con la misma honestidad con que lo haría una persona común, sólo para preguntar, para saber, para comprender. Porque si habremos de dividirnos en bandos, los periodistas estamos del lado de la gente, y desde ahí debemos actuar, con el agregado de que escogimos, sin que nadie nos lo pidiera, la responsabilidad de relatar la historia de cada día, de la cual la ciencia forma parte.

¿Qué clase de maníático masoquista es pues este reportero que prefiere informar sobre la secuenciación del genoma humano –aunque en ello casi le vaya la vida y el salario– a recoger el boletín con las declaraciones pronunciadas en la mañana por un candidato?

Muy probablemente alguien que ha decidido apostar por la inteligencia y sensibilidad de los lectores, a los cuales busca plantear en cada texto un reto intelectual y atrapar con el propio peso de la información, pero sobre todo conmover, cautivar y seducir con el poder absoluto de la palabra.

Sin ninguna duda, alguien que se reconoce como un periodista privilegiado, porque cada reportaje, cada artículo, cada entrevista significa para él mismo un hallazgo, junto con la posibilidad, perse-

**Es común que cuando un reportero decide hacer periodismo científico lo haga muy a pesar de sus editores, de modo que su tarea cotidiana se convierte en una constante batalla.**

guida por todo reportero y pocas veces alcanzada, de escribir de algo acerca de lo cual nunca nadie había escrito antes.

Tal vez alguien a quien la ciencia le ofrece la oportunidad de reconciliarse con el periodismo, que es –García Márquez tiene razón– el mejor oficio del mundo, y así abrazarlo, otra vez, apasionadamente.

Pero sobre todo, alguien que seguramente fue tocado en algún momento de su vida por el descubrimiento íntimo y personal de una verdad oculta tras un misterio de la naturaleza, mostrada a él por la ciencia, suficiente motivo para despertar dentro de si el impulso incontenible de abrir para otros esa ventana del asombro e invitarlos desde ahí a decir, como Carl Sagan (1997. *El mundo y sus demonios*. 4a reimpresión. Planeta, México): Sé lo gratificante que es cuando conseguimos entender la ciencia, cuando los términos oscuros adquieren significado de golpe, cuando se nos revelan las profundas maravillas.

ergo